

UN DÍA DE FIESTA, de Piluca Ruiz

A Julia la despierta su propio sueño. Hace tantas horas que duerme que su cuerpo, harto ya de descansar, la empuja a ponerse en movimiento. Entreabre los ojos con esfuerzo. Se siente acalorada. Aparta las sábanas y se queda desnuda sobre la cama. Tiene bonitas piernas, de tobillos afilados; los pechos redondos y llenos; el pelo largo, claro y rizado. Estira los brazos, aprieta los músculos y tensa la espalda. Se frota los párpados, inspira con fuerza y bosteza. Ronronea. Le gusta despertarse despacio, despedirse del sueño, sentir como el sopor la va abandonando y como, poco a poco, va tomando noción de su cuerpo. A veces, ella piensa que el despertar es como una mujer en una estación. De pie, con la mano en alto. Una mujer que contempla, desde el andén, como se aleja el tren en el que se va su amado.

Vuelve a ronronear, se despereza, está contenta. Hoy es un día de fiesta. La oficina está cerrada. Un día libre, sin prisas ni obligaciones. Una mañana larga, de horas lentas y perezosas. Guillermo, a su lado, todavía duerme. Lo oye respirar. Lo toca, tiene el cuerpo templado. Lo arropa con la sábana. No lo quiere despertar. El día anterior tuvo guardia en el hospital y volvió muy cansado.

A través de la ventana, que da al patio interior, entra un débil resplandor de luz artificial. Está entornada y por la rendija se cuela el olor de un estofado de carne. Julia lo huele y se deleita, casi puede paladearlo. Le viene a la memoria su madre. La recuerda en la cocina, moviéndose con gracia entre las ollas y los fogones: lleva puesto un delantal estampado con dibujos de tomates, pepinos y zanahorias y del bolsillo le asoma un pañuelo blanco con el que se seca las lágrimas cuando pela las cebollas.

Afina el oído y escucha el borboteo de una cafetera en el patio. Cierra los ojos y paladea un café imaginario; es fuerte y amargo. De repente, se oye un golpe seco y una lavadora empieza a centrifugar. Suena un teléfono. Llora un niño. Una vecina vocifera. Ladra un perro. Después un silencio, más tarde el batir de un huevo. Ella escucha atenta y se complace con el repiquetear del tenedor contra el plato. Sabe que es la vecina del cuarto. A veces, cuando sale a tender la ropa la ve montar las claras de huevo a punto de nieve porque le gusta hacer pasteles. Se llama Lola y es morena y redonda. Mientras cocina, canta tangos y llora evocando a su marido que era de Buenos Aires y la dejó viuda hace ya muchos años. A Julia le gusta oírla cantar porque se nota que canta de verdad, que la voz le sale del alma. Canta con la voz ronca, rota por el dolor que todavía guarda en lo más

profundo de su alma; ese dolor oscuro como las ropas con las que se viste cada mañana. Ahora está entonando *volver con la frente marchita* y Julia se imagina la pena honda de Lola al evocar al hombre que nunca volverá, al esposo que jamás envejecerá a su lado.

Mientras escucha a Lola, estira de nuevo los brazos. Lo hace con cuidado porque Guillermo aún sigue dormido. Con las yemas de los dedos le acaricia uno de los hombros. Desvía la vista hasta el mural de corcho que tiene colgado en la pared de enfrente. Allí, con chinchetas y alfileres va dejando los recados, el recibo del piso, la lista de la compra, la cita con el dentista, el resguardo de la tintorería y los teléfonos importantes. También tiene una postal de Dublín y unas cuantas fotografías, las más significativas. La postal se la envió Martín, el verano que, siendo aún adolescentes, se fue a Irlanda a aprender inglés. Hace trece años que la tiene clavada en el corcho. Al recordar a Martín, la habitación se vuelve verde. Siempre que piensa en él, el mundo se vuelve verde. “¿Te ha gustado Irlanda, Martín?” “Sí, me ha gustado mucho porque allí todo es verde.” Y ella, durante un tiempo, día tras día, se vistió, en vano, de verde. La indiferencia de Martín le arrancó muchas lágrimas y, al final, lo dejó por imposible. De su interés por aquel color, lo único que le ha quedado ha sido la chincheta verde que, como recuerdo de su primer amor, aún sujeta la postal en el corcho.

La fotografía más reciente es del día de su cumpleaños. Está soplando veintisiete velas; a su alrededor, los amigos se ríen y aplauden. Falta Javier, el que tenía los ojos castaños y el pelo rubio con ligeras entradas en la frente. Lo vio, por última vez, un día de agosto, bajo la lluvia. Fue una breve tormenta de verano; breve pero suficiente. Él subió en su coche rojo y ella se quedó, despidiéndole, bajo su paraguas azul. Entones, mientras le decía adiós con la mano, desconocía la magnitud de aquella despedida. Le dijeron que la causa podía haber sido la lluvia, que había muy poca visibilidad, que quedaba descartado el exceso de velocidad. Ella no piensa en los motivos; solo piensa que él desapareció de su vida y que ella lo sigue echando en falta todavía. Él tampoco volverá con la frente marchita. El recuerdo de Javier le produce un ligero escalofrío, estira la sábana y se tapa.

Se pone de lado, de cara al armario. Se ve reflejada en la luna del espejo que cubre la puerta. Ve a Guillermo a sus espaldas; desplaza el pie y, con la planta, le acaricia la pierna de arriba abajo. El armario es antiguo, perteneció a su madrina, Rosalía, como la mesa camilla que ha colocado en un rincón de la habitación. La ha vestido con unas faldas de cretona, tal como la tenía su madrina en su galería acristalada, con platos de cerámica en las paredes y el suelo cubierto con baldosas de colores. Allí, enamorada en secreto del párroco de su pueblo, Rosalía escribía novelas de amor y comía chocolate. Solo tuvieron un

momento de debilidad, del que el cura se arrepintió casi en el mismo instante. Ella, por no amargarle la contrición, se casó con el alcalde y bautizó al niño con el nombre de Amador. El recuerdo de los amores de su madrina le hace mirar de nuevo a Guillermo, le besa con suavidad la nuca y le acaricia la espalda; él murmura algo que ella no entiende pero no pregunta nada, lo abraza. Cierra los ojos, se relaja. Es un día de fiesta. Una mañana larga.

Lola se ha callado, el patio se ha quedado en silencio. Julia escucha el ir y venir de la vecina de arriba taconeando sobre el techo de su habitación. Desde que se ha casado en segundas nupcias, anda siempre con zapatos de tacón. Ella no le tiene simpatía y recuerda con nostalgia a su primer marido, aquel hombre bonachón para el que la vecina andó siempre en zapatillas, desde el día de la boda hasta que se divorció. A veces, al ex marido, lo ve por el barrio. Tuvo un accidente y perdió un brazo; ahora lleva una americana con una manga hueca que se columpia mientras camina. Aun con todo, se le ve más contento. Tiene más buena presencia, mejor color de cara y camina más recto, como si el divorcio le hubiese quitado un gran fardo de la espalda.

Julia sigue abrazada a Guillermo. Oye discutir a unas vecinas: son madre e hija. La madre está enfadada porque su hija, que va para peluquera, ha decidido irse a vivir con un repartidor de pizzas que lleva pendientes y un tatuaje en la pantorrilla. Se conocieron en el portal de la escalera y el flechazo resultó fulminante. Él iba a entregar una pizza en el piso de estudiantes, los que siempre andan organizando fiestas y peleándose con el notario Lisón, que es el presidente de la escalera y vive en el ático. Su mujer tiene alzhéimer y sus dos hijas gemelas, Laura y Larisa están solteras y ya van para los cincuenta. Son de piel muy clara, con los ojos azules y se visten de manera idéntica. Llevan el pelo en forma de media melena y un flequillo de forma ovalada que les llega hasta la mitad de la frente. Tienen dos caniches enanos. Muchas veces Julia los oye conversar a los cuatro; aunque ellas hablan y ellos ladran parece que se entienden perfectamente, como si utilizaran el mismo lenguaje y hablaran el mismo idioma. Ella piensa que se les nota que fueron muy guapas. Ha oído comentar que se quedaron solteras por culpa de su padre. Dicen que, por egoísmo y por celos, les ahuyentó a todos los pretendientes. A Julia no le gusta ese hombre porque, cuando se lo encuentra por la escalera, él se quita su careta de esposo, padre, notario y presidente y la mira con insinuación y descaro. Siempre busca la manera de quedarse a solas con ella en el ascensor.

Mientras recuerda al notario Lisón, estira los brazos y decide levantarse para preparar el desayuno; se incorpora en la cama hasta quedarse sentada pero oye que, en el patio, alguien ha puesto la radio y suena una canción; es un bolero. Se alegra. Le gustan los

boleros; tienen la tonadilla fácil y siempre hablan de amor. Olvida lo del desayuno y se tumba de nuevo. Puede hacerlo. Es un día de fiesta, un día largo y libre; un día sin obligaciones. Se mete otra vez bajo la sábana. Se une a la melodía y repite con los labios la letra de la canción: *si tú me dices ven, lo dejo todo...* Las horas siguen siendo lentas, pausadas y perezosas. Mira a Guillermo que sigue con los ojos cerrados y lo destapa. Está tumbado de lado, desnudo, con la espalda arqueada y las piernas flexionadas hacia delante. Cada vez que respira, el hombro le sube y le baja. A la tenue luz del patio, lo mira y lo encuentra hermoso; se recrea mirándolo. Es esbelto y largo. Lo toca. Sigue teniendo el cuerpo templado. Julia piensa que Guillermo es cálido, es como una playa a media tarde, a finales de verano, como el pan horneado justo antes de quedar tostado. Le pone las manos en la cabeza y le acaricia el pelo. Lo tiene oscuro, rebelde y espeso. Separa los dedos y los introduce entre sus cabellos y los mueve con suavidad, hacia delante y hacia atrás. Deja resbalar las manos hasta el cuello y con el índice derecho le recorre muy despacio la espina dorsal. Poco a poco, de arriba abajo. Poco a poco, de abajo a arriba. De la nuca hasta las nalgas, de las nalgas a la nuca. Vuelve a hacer el recorrido con los labios. Sigue tarareando el bolero, *seré toda para ti...* Guillermo no se mueve, no dice nada. Ella lo mira y se aprende de memoria, palmo a palmo, su postura. Se desliza lentamente por su espalda. Se aprieta contra él, se encaja contra su cuerpo hasta que entre los dos no queda ni una fisura. Él extiende hacia atrás su brazo izquierdo y la coge con fuerza por la cintura. Se da la vuelta.

Es un día de fiesta. Un día sin prisas ni obligaciones. Una mañana larga y lenta, de minutos perezosos y tranquilos. La habitación huele a estofado de carne con jerez. En el patio de luces vocifera una vecina, suena un teléfono y centrifuga una lavadora. Alguien bate un huevo y borbotea un café. Ladra un perro, un niño llora y una mujer tiende la ropa. La habitación está en sombras. En la radio, unas voces masculinas desgranar unos boleros; ahora están cantando *reloj no marques las horas*.